



Año II

Núm. 23

#### SUMARIO

De pesca.—D. Carlos Padrós.—La dirección literaria de nuestra Revista.—El peso de las escopetas, por A. Ortiz de Pineda.—Sociedad Venatoria de León.—Nuestros cazadores: D. Alfredo-Angel de Herreros y Avellán.—A caza de un tejón, por J. M. de P.—Para las autoridades: Quejas y denuncias.—Hojeando pergaminos: ¿Serán realizables?, por Ruy Lope.—Nuestro campo de tiro con armas cortas y largas con cargas reducidas.—Junto á la hoguera: ¿Non es caro!, por Guillermo J. Aiky.—Curiosidades: Pielas caras, por B. Balbuena Barrientos.—Una notable conferencia.—Para evitar infracciones.—Consultorio jurídico de CAZA Y PESCA.—Noticias.—Cazadores.

(No se devuelven los originales.)

## DE PESCA

Concesión importante para los socios de la General de Cazadores y Pescadores de España.

El Sr. Ingeniero Jefe de la División Hidrológica del Tajo, D. Angel A. de Madariaga, ha dispensado á la Asociación General de Cazadores y Pescadores de España una especial consideración.

Por virtud de las disposiciones del vigente Reglamento sobre pesca fluvial, las licencias de esta clase se tramitan y expiden por aquellas oficinas, previos los informes que considere oportunos y señaladamente el de la Guardia civil.

Estos informes se encaminan á asegurar la buena conducta de los individuos que solicitan las expresadas licencias; pues bien, el Sr. Ingeniero Jefe de la División Hidrológica del Tajo, considerando á la Asociación General de Cazadores y Pescadores de España en condiciones de prestar las expresadas garantías respecto á sus socios, ha dispuesto que las licencias de pesca que para ellos se soliciten por la Asociación se expidan con la brevedad posible y sin necesidad de otros informes.

En su virtud, los señores socios que quieran obtener en esta forma las licencias de pesca, deberán presentar en la Secretaría de la Asociación (Bolsa, 10, segundo) la tarjeta timbrada por el Estado, adquirida en sus ex-

pendedurías de Tabacos y Timbre, una póliza de una peseta y la cédula personal del interesado.

Las tarjetas timbradas deberán corresponder á la clase de cédula personal, con arreglo á la escala siguiente, establecida por la ley del Timbre: cédula personal de 1.<sup>a</sup> y especial, licencia de pesca de 30 pesetas; cédulas de 2.<sup>a</sup> y 3.<sup>a</sup>, licencia de 20 pesetas; cédulas de 4.<sup>a</sup> y 5.<sup>a</sup>, licencia de 10 pesetas; las demás clases de cédula, licencia de 5 pesetas.

La póliza de una peseta es para reintegro de la instancia que dirija la Asociación en nombre del interesado.

Con estos requisitos, una vez obtenida la licencia, le será entregada en su domicilio ó en el de la Sociedad, siendo completamente gratuitas las gestiones que ésta practique en beneficio de los socios.

Réstanos, para concluir, manifestar nuestra más profunda gratitud al Sr. Madariaga, Ingeniero jefe de la División Hidrológica del Tajo, por el favor concedido á la Asociación General de Cazadores y Pescadores de España, cuya Junta directiva así lo tiene acordado por unanimidad.

Y ya que, como se suele decir, la ocasión la pintan calva, aprovechamos la oportunidad que nos ofrece el nombrar al Sr. Madariaga, para tributarle nuestro aplauso por el celo é interés con que viene ocupándose de cuanto se refiere á la riqueza piscícola confiada á su cargo.





Unidos á dicho señor por vínculos de estrecha amistad, no nos toca ponderar el acierto de su elección.

Los hechos se encargarán bien pronto de justificarla, limitándonos por hoy á saludar con el mayor cariño á nuestro Presidente.

### La dirección literaria de nuestra Revista

Las numerosas ocupaciones de nuestro compañero y amigo D. Manuel Tercero, le obligaron á delegar el ejercicio de las funciones de Director literario de la Revista en el redactor-jefe, nuestro también compañero y amigo, el distinguido abogado y periodista D. Miguel Morales y Acevedó.

El Sr. Morales venía, pues, desempeñándola de hecho, y por virtud de las expresadas circunstancias que impedían al Sr. Tercero ocuparse con la asiduidad que él deseaba en la dirección de la Revista.

Como dichas circunstancias subsisten y no son pasajeras, sino que, por el contrario, aumentan cada día los quehaceres y atenciones de otra índole que pesan sobre nuestro amigo el Sr. Tercero, la Junta general primero y la

Directiva después, haciendo ante todo constar la gratitud y elogios debidos al Sr. Tercero por los servicios que prestó en la fundación y desarrollo de la Revista en sus comienzos y esperando que seguirá siendo un valioso colaborador de la misma, han confirmado en la dirección literaria al Sr. Morales, aplazando por ahora la provisión del cargo de redactor-jefe.

Nada hemos de decir en alabanza de los señores Tercero y Morales, puesto que ambos estaban identificados con los propósitos de esta publicación; son bien conocidas las brillantes cualidades de uno y otro y siguen los dos á nuestro lado, aunque voluntariamente hayan cambiado de funciones dentro del periódico, al cual profesan, por igual, extraordinario cariño, demostrado en su generosa é importante labor.



## El peso de las escopetas

Parece un detalle sin importancia, y á mi entender es cuestión decisiva é integrante para la habilidad del cazador.

Un hombre puede levantar y manejarse sueltamente con 3 kilos de peso; 50 gramos más le dificultan un poco las acciones rápidas después de diez horas de ejercicio; 100 gramos de exceso le molestan, 300 gramos le rinden, y sin embargo 300 gramos al tantear una escopeta en la tienda del armero apenas si son apreciables en la mano.

Las antiguas escopetas de nuestros arcabuceros cuando comenzaron á fabricarlas de dos cañones, pesaban 5 libras, calibre 20. El mismo modelo y el mismo estilo siguieron los famosos armeros franceses del Imperio, Campagnac y Galand.

Cuando vino la revolución trascendental del pistón surgieron los armeros ingleses con armas de calibre 14 y 16, y Manton y Greener destronaron en la moda elegante á los españoles y los franceses.

Hacia 1840 aparece la nueva revolución del cartucho con Lefoucheux, y entonces todas las escopetas son calibre 16 y pesan 6 libras.

Al inventor del sistema de retrocarga le disputan el monopolio del mercado Bernard en Francia y Leveda en Austria, teniendo esas preciosas armas una tendencia marcada á la disminución del peso: 5 libras y media.

En 1853 todo cambia con la renovación de mayor transcendencia: la escopeta de fuego central de Daw, armero de Londres.

Parece extraño hoy; pero la perfección y la elegancia de las escopetas Lefoucheux, fabricadas por todos los armeros de Francia, por Jacquot en Bélgica y sobre todo por Nowothny en Austria, se habían apoderado de tal modo de la afición que fué muy difícil abrirse camino á un hecho tan grande y tan esencial como la escopeta de fuego central, contribuyé muy mucho la enorme diferencia de peso con que se presentaban las primeras escopetas centrales, nunca más ligeras de 7 libras. Con la escopeta central vino el cambio de calibre, y el 12 fué el imperante. Las escopetas centrales, llevadas á su perfección por Purdey, por Power, por Dougall, Lancaster y Stephan Grant, destronaron por completo á los armeros franceses y belgas que continúan luchando por reconquistar el mercado con armas baratas y de menor peso que las inglesas.

Las grandes cargas, los cañones modernos con estrangulación en el taladro, parece que requerían el peso de 7 libras y 7  $\frac{1}{2}$  que la moda inglesa proclamaba como científica é inalterable.

Pero desde hace diez años escasamente Greener, dando paso á la necesidad de hacer más manuable la escopeta de caza, ha hecho que abduquen de su peso armeros de tan alto nombre como Purdey, Woodward y Lang, que hoy comienzan por proclamar como peso reglamentario los 3 kilos. Es decir, que este debate entre cazadores sobre el peso de las armas está ya resuelto por los grandes armeros ingleses, y el peso útil son los 3 kilos en calibre 12, y 2 kilos 600 gramos en calibre 16, con cañones de acero de 40 diámetros de largo. Este peso en el arma soporta perfectamente la carga usual de pólvora piroxilada 2 gramos  $\frac{3}{4}$  (C. 12) con una onza y un octavo de perdigón, quedando únicamente las escopetas pesadas para los tiros de pichón.

La primera atención de un cazador al adquirir una escopeta debe estar en el peso, cifra que confrontará cuidadosamente, porque si no lo hace, al caer de la tarde en un día de mucha caza, cuando cien veces se haya encarrado la escopeta notará que el arma le rinde los brazos y le vendrá á la memoria el consejo de este viejo aficionado, que ha tenido muchas escopetas, aunque inofensivas.

A. ORTIZ DE PINEDO



## Sociedad Venatoria de León

Hemos recibido el cariñoso saludo que nos envía la simpática Sociedad Venatoria de León.

Unida á la General de Cazadores y Pescadores de España por estrechos y fraternales vínculos, puesto que sus estatutos así lo consignan y el Presidente de esta última lo es honorario de la primera, nada tenemos que decir de la satisfacción que nos producen su amable carta y la visita de su Revista, habiendo desde luego acordado nuestra Junta Directiva que se hagan públicos tales sentimientos de mutuo afecto y que se establezca desde luego el cambio que desean.

Así lo hemos hecho por nuestra parte, aprovechando la ocasión para enviar á los queridos compañeros de la Venatoria de León el más sincero y fraternal saludo.



# Caza y Pesca

## NUESTROS CAZADORES

### D. Alfredo-Angel de Herreros y Avellán

Uno de los entusiastas más grandes con que cuenta el *sport* cinegético es, sin duda alguna, D. Alfredo-Angel de Herreros.

Desde la edad de doce años se entregó por entero á la afición de la caza, sirviéndole de

conservando los demás de refresco para sustituirlos por los *aspeados*.

De tal modo se identificaba con sus perros que, en cierta ocasión, una fuerte dolencia le sorprendió solo en el monte, sin más auxilio que un noble perro, que al ver á su amo revolverse en el suelo, acudía á él lamiéndole el rostro y luego corría hacia los puntos más elevados del terreno para lanzar lastimeros aullidos en demanda de socorro.

Su tiro favorito es el de la perdiz, en mano



preceptor un viejo cazador y de escuela la alondra y el vencejo, sobre los que disparaba centenares de tiros hasta lograr afirmar la puntería.

Llegó á ser hombre y á sonreírle la fortuna, gastando buena parte de ella en escopetas y en perros de caza.

Para onidar á éstos, hasta el número de once, alquiló un solar y pasaba temporadas en la sierra del Guadarrama para adiestrarlos.

El Sr. Herreros necesitaba además aquella *jauría* porque su juventud y su gran resistencia lo reclamaban, llevándolos por parejas y

y con perro de muestra, y consiguió cobrar en un día, en el término de Los Molinos, diez y siete.

Ha cazado en buenos vedados, entre ellos Las Radas, donde mató en una excursión de unas cuantas horas setenta y dos conejos y una perdiz.

Sin embargo, su predilección son los terrenos libres, donde se le ofrece mayor campo de acción para la caza de la perdiz.

El Sr. Herreros es un artista de la caza, de un clasicismo neto y puro; adopta posturas y ademanes propios de quien domina el tiro y maneja la escopeta con soltura.



Es un buen compañero de excursión, pues las veladas en la casa del vedado son deliciosas é instructivas por las habilidades que realiza el Sr. Herreros en adivinación del pensamiento é hipnotismo.

Algunos de sus íntimos explican su certera puntería y sus fructíferas excursiones en que sugestión á las perdices que detienen su vuelo hasta que las dispara ó las fascina de tal modo que se dejan capturar involuntariamente.

Para muchas personas, y sobre todo para las que viven en la Corte, estimarán muy fácil abrazar á una zorra, pero es difícil hacerlo en las condiciones excepcionales en que lo realizó nuestro biografiado.

Tenía grandes deseos de conocer el procedimiento de que se valían los cazadores furtivos para cazar conejos con hurón y capillo.

Se encaminó con dos amigos á unos peñascales situados en Colmenar Viejo, donde por la época á que nos referimos se realizaba aquella operación.

Le entraron ganas de coger un conejo antes de que fuese capturado por los perros, y se colocó cerca de una boca en condiciones de no hacer ruido ni proyectar sombra.

Entró el hurón y esperó el momento. Vió que la tierra se desmoronaba, extendió los brazos y se arrojó sobre el animal abrazándolo con gran fuerza y con tal ímpetu, que ambos rodaron largo trecho por el suelo.

Su asombro, su sorpresa fueron incalculables al darse cuenta que lo que tenía entre sus brazos era una zorra, que dando fuertes sacudidas con sus patas traseras le destrozó el traje.

El Sr. Herreros pertenece á la Junta directiva de la Asociación General de Cazadores y Pescadores de España, por la que siente verdadero entusiasmo y á la que presta su valioso concurso.

Tal es, á grandes rasgos, la vida cinegética de D. Alfredo Angel de Herreros, perfecto caballero y cariñoso amigo.



## A CAZA DE UN TEJÓN

Hace algunos años me encontraba cazando en compañía de dos amigos en un monte de la sierra toledana; mi memoria me es infiel al querer recordar cómo nombraban al indicado monte; lo que sí recuerdo es que realicé la excursión en el primer mes del año, y que

por matar un tejón pasamos un frío glacial, y gracias á la abundancia de leña que se quemó en el hogar que hizo reaccionar á nuestros ateridos cuerpos, no caímos en cama con peligrosa enfermedad.

Nos encontrábamos haciendo la digestión de la cena, bajo la ancha campana de la cocina, sentados en sus anchos poyos, que estaban cubiertos con pieles de oveja para hacer el asiento menos duro.

Una muchacha de unos diez años de edad se mostraba impaciente por la tardanza de su padre, el guarda del monte, pues eran cerca de las nueve de la noche y aún no había llegado á cenar.

No habría transcurrido media hora, cuando entró Pedro, así se llamaba el guarda, acompañado de un perro, que aunque largo y estrecho, no era galgo, con pelos grifos en el hocico, sin ser *griffón*, un perro nacido de otros perros de razas indefinidas, y si me he detenido en hacer esta incompleta descripción, ha sido por lo que me llamó la atención *Feo*; nunca oí nombre tan bien apropiado.

*Feo*, según su amo, era una especialidad para descubrir alimañas y para señalar los conejos, á los que no hacía muestra, pero en cambio cogía muchos; en fin, que era una alhaja.

Después de dar Pedro las buenas noches, se quitó el capote, y dejándolo junto con su escopeta colgado de un trozo de palo que salía de la pared, dirigiéndose á nosotros nos dijo: «Vengo de tapar unas bocas de tejoneras, para si ustedes se atreven á venir conmigo, coger un tejón; es muy divertida, si sale alguno, la lucha con el *Feo*».

Como yo nunca había visto más tejones que los pintados en algún libro, sentí curiosidad por ver uno, y al mismo tiempo enterarme de cómo se les cazaba.

Uno de mis compañeros optó por irse á la cama y el otro por ir en nuestra compañía en busca del tejón.

Después de cenar el bueno de Pedro y encerrar la perra de mi compañero con el *Feo* y con mi *Tam* nos dirigimos hacia un punto que lo nombraban las laderas de la cañada.

El guarda nos advirtió que no hablásemos y que procurásemos hacer el menor ruido posible.

Nos tendimos como en mano, no muy separados, llevando á Pedro en el centro y los perros delante, registrando peñascales y matorrales.

Llevaríamos cerca de una hora marchando como fantasmas entre breñas á la luz de una



clara luna y soportando la helada que caía, encontrando insuficientes para abrigarnos nuestros recios capotes. ¡Cuánto envidiábamos á nuestro prudente compañero, que *tan calentito* se encontraría en la cama!...

Unos ladridos del perro *Feo* nos sacaron de nuestras cavilaciones.

En un claro que hacía el terreno, junto á la cañada, veíamos á los perros que corrían de un lado á otro, en corto espacio de terreno, y se les oía ladrar y gruñir; llegamos junto á ellos y vimos que acometían á un tejón, el que, casi echado boca arriba, se defendía de las acometidas de los perros con las grandes garras que tenía en sus patas delanteras, y enseñando en señal de amenaza sus afilados dientes.

El guarda desenvainó un cuchillo de monte que llevaba pendiente de la cintura, y sorteando los movimientos del tejón se lo hundió á éste en un costado con gran trabajo, pues el cerdoso y espeso pelo de la alimaña y su grasienta piel hacía difícil la penetración del arma.

El perro *Feo* se quejaba de una herida que su *enemigo* le había hecho en su peludo hocico. Mi perro también sangraba de una oreja.

Examinado el tejón, reparé que tenía una pequeña trompa que semejaba al hocico del cerdo; su cabeza era alargada, el cuello y patas cortas, orejas y ojos pequeños.

Su color era blanco, negro y rojizo oscuro.

El cuerpo de forma alargada, robusto y fuerte.

Es de carácter huraño, desconfiado y muy dado al reposo.

Su pelo se utiliza para fabricar brochas ó gruesos pinceles.

Sus madrigueras las construye con gran facilidad, valiéndose de sus potentes uñas.

Al cazar estos dañinos carniceros de día, cavando el terreno para descubrir su guarida, al dar con ella pronto se cerciora el cazador que existe en ella el tejón por el hedor que de ésta sale, producido por una cicatriz ó abertura grasienta que estos animales tienen debajo de su corta cola, abertura de una pulgada de extensión próximamente y que no penetra al interior del cuerpo.

Nos propuso el guarda ir en busca de otro tejón, pero era tan intenso el frío que se sentía, que decidimos irnos á la casa; era ya más de media noche.

Mi compañero se quejaba de dolores en los costados, y yo de un frío como no recordaba haber sentido jamás.

Al llegar á la casa se hizo una buena foga-

ta en la cocina, y casi de madrugada, ya bien reaccionados nuestros cuerpos, nos fuimos á la cama.

Aquella *noche toledana* me ha servido de ejemplo para aconsejar que la noche es para dormir y el día para cazar.

J. M. DE P.



## PARA LAS AUTORIDADES

### QUEJAS Y DENUNCIAS

Se nos dice por alguien que ha visto los puestos y oído los tiros, que son sin duda de pólvora sorda para las autoridades, que en la *Dehesa de la Villa*, en las cercanías del Asilo benéfico enclavado en aquellos terrenos, se está cazando la perdiz con reclamo; y como es cosa absolutamente prohibida por la ley en esta época, esperamos que el Sr. Alcalde Presidente del Ayuntamiento de Madrid, y la Guardia civil encargada de la vigilancia de aquellos contornos, pondrán coto á los furores cinegéticos que denunciarnos.



Iguales medidas reclamamos para cierto sacerdote, picado también del *virus* de la jaula, que en Perales de Tajuña alterna su sagrada misión con las delicias de la caza de la perdiz con reclamo, amenazando concluir con todas las existentes por aquellos contornos, pues no deja día en claro para el ejercicio de sus aficiones, con abandono, sin duda, de las espirituales que le están encomendadas.

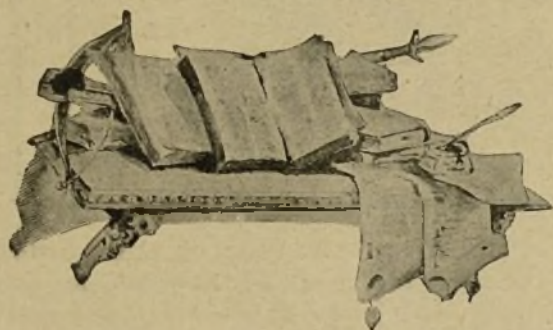
Y lo extraño es que en el pueblo de Perales de Tajuña, en que ocurren estos hechos, existe puesto de la Guardia civil, cuyos individuos nada saben de semejantes infracciones, ni ha llegado á sus oídos, para imitarla, la conducta, digna de la mayor alabanza, de sus compañeros del benemérito Instituto, afectos al pueblo de Chinchón (cerca al de Perales de Tajuña), cuyo celo y vigilancia está siendo objeto de elogios, que por nuestra parte nos complacemos en hacer públicos para satisfacción de unos, sintiendo, en cambio, las censuras que nos vemos obligados á consignar para otros, esperando que con la noticia de dichos abusos procurarán reprimirlos, dándonos pronto motivo para tributarles las alabanzas consiguientes.





En el próximo número, por estar ya imprimiéndose el presente, nos ocuparemos de un grave suceso ocurrido á los guardas jurados de la simpática Sociedad de Medina de Rioseco, cuyos desvelos para hacer cumplir la ley de Caza son bien conocidos y cuyos contratiempos por la lucha entablada lamentamos de todas veras, alentando á nuestros compañeros para proseguir en la noble campaña emprendida, y esperando que las autoridades serán inflexibles para que resplandezca la justicia, sin que pueda temerse que se oscurezca por nada ni por nadie.

En este sentido, sepan aquellos amigos y compañeros, que están á su lado los esfuerzos de esta Revista y de la Asociación General de Cazadores y Pescadores de España.



HOJEANDO PERGAMINOS

## ¿Serán realizables?

Hablando leído los razonados trabajos de mi querido amigo Sr. Tejado y la denuncia que se hace á las Autoridades en el pasado número de CAZA Y PESCA, sobre abusos é infracciones de la ley de Caza con motivo de la veda, determiné revolver textos y papelotes para ver si sacaba algo provechoso de su estudio, que pudiera ayudar á resolver el *quid* de la dificultad, y en efecto, he encontrado algo que creo daría excelentes resultados, y que pongo á la consideración de mis lectores.

En las glosas y comentarios que de Reales cédulas hacen D. Pedro y D. Manuel Antonio de Cervantes, una de las comentadas es la de 21 de Enero de 1650, parte de la cual dice:

*«Y porque la experiencia ha mostrado que de ordinario la gente que se aplica por trato y granjería á la caza es vagamunda, y mal entretenida en los Lugares, sin trabajar, ni acudir á otra ocupación, sustentándose del útil que sacan de este ejercicio.....»* etc, etc.

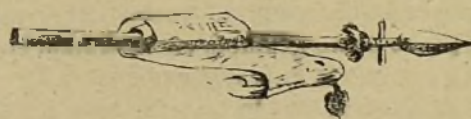
Al comentar los Sres. Cervantes los castigos señalados en dicha Real cédula, nos indican

que son pladosísimos por la gran clemencia del Rey Don Felipe IV, pero que son ejecutados raras veces *ya porque ni los guardas, ni los Fiscales, ni los Jueces de Bosques ponen el debido cuidado en probar y averiguar en los reos denunciados las circunstancias y calidades dichas, como la dicha Cédula las pide, YA POR LA CONMISERACIÓN Y MANSEDUMBRE DE LOS JUECES, QUE DESPRECIAN ESTA CLASE DE DELITOS»* .....

*«Y como se vele más el modo de vida de estos corsarios cazadores y las penas sobredichas se ejecuten, no era menester más para que los Bosques brevemente se restituyan, aumenten y estén libres de daños, porque con pocos bien castigados escarmienten muchos, según lo de Platon y Justiniano. Mucho importaría mandar hacer cada cuatro años UNA PESQUISA ESPECIAL CONTRA ESTOS CORSARIOS Y CONTRA LAS JUSTICIAS QUE LOS TOLERAN Y CONSENTEN EN SUS PUEBLOS, Y CONTRA LOS GUARDAS QUE SE COHECHAN Y DISIMULAN Á ÉSTOS.....»*

¿No les parece á mis queridos compañeros que los Sres. Cervantes pusieron el dedo en la llaga? Yo creo que acertaron, y que si las Autoridades y guardas de los pueblos quisieran y no tuvieran esa compasión (que hoy también existe hacia los infractores de la ley de Caza), serian un hecho las aspiraciones de los verdaderos cazadores, pero..... ¿serán realizables?

RUY LOPE



## NUESTRO CAMPO DE TIRO

CON ARMAS CORTAS Y LARGAS CON CARGAS REDUCIDAS

Por la Jefatura Superior de la Policía gubernativa, después de favorablemente informados por la Comisión militar nombrada por el Sr. Capitán general de Madrid, han sido devueltos á la Asociación general de Cazadores y Pescadores de España los planos y Memoria presentados por la misma para establecer su Escuela práctica de Tiro, á fin de que proceda á la ejecución de las obras proyectadas.





JUNTO Á LA HOGUERA

## ¡NO ES CARO!

### I

Ramón era tosco, bruto, como decían sus paisanos; pero no había en toda la costa asturiana quien le ganase á trabajador ni á hombre de bien.

Apenas había cumplido trece años, llevábale el padre como grumete en su traña; enseñóle á ganarse la vida luchando con las olas y arrancando al mar lo que de bueno tiene, para solaz y delicado alimento de quien puede pagarlo. Ramón era pescador desde muy niño.

Poco tiempo había podido ejercer el oficio al lado de su padre. Un temporal de los malos había arrancado al viejo del timón, y nadie pudo atajar la voracidad de las olas azotadas por el viento, que le llevaron lejos y le arrojaron más tarde, muerto y despedazado, en un arrecife.

Desde entonces, el pobre Ramón, solo en el mundo, sin más herencia que un buen caudal de honradez y experiencia profesional, fué patrón de su traña, trabajó por su cuenta, tratando de ahogar con su esfuerzo la pena del recuerdo que le atormentaba.

El tiempo atenúa los más terribles dolores,

y, si bien es poco para extinguir el recuerdo de un afecto bien arraigado, es suficiente, sin embargo, para tender una nube gris que vela el cuadro triste grabado en la memoria. También el tiempo consoló á Ramón, y sin olvidar al padre, trágicamente perdido, fué poco á poco recobrando su antiguo bienestar.

Vivía con su madre, una pobre vieja que sólo veía por los ojos de su rapaz, y trabajando mucho y con ganas, tenía lo suficiente para mantenerla y mantenerse él, y aún le quedaba para beber un jarro de sidra los domingos y hasta convidar á un amigo si se terciaba.

Así vivía y así creció, y llegó á ser el más guapo mozo de los contornos. Rapaza había que, al verle pasar, refánsele los ojos de gusto si Ramón la miraba, y no faltó alguna despechada que atrevióse á tacharle de *fantésioso*; pero él... «¡Si Dios me salve!», como él decía, menos que en nada pensó nunca en amores, que sólo penucas y pesaumbres dan. Tenía su cariño dividido entre la agüela, sus redes y su traña, que, aunque vieja todavía, volaba sobre el mar, ligera y airosa como un pájaro.

Nadie vendía en la playa como Ramón. Cuando su lancha varaba en la arena, un ramillete de mozas garridas la rodeaban y se disputaban el pescado, que nunca era suficiente para todas. Más preferían un halago del joven patrón que las plateadas piezas que saltaban en los cestos. ¡Qué pocas veces lo



conseguían! Sólo una rapazuela huérfana, y más sola que Ramón, pobre víctima de las tragedias del mar, como él, era objeto de sus distinciones, con gran envidia de sus compañeras de mercado. Se llamaba Isabel... Sabela, como la decían todos. Era pequeña, delgada, de ojos negros y mirada dulce; más bonita que un amanecer de Mayo con mar en calma, ¡y más buena...! Ramón se sabía lo buena que era Sabela.

Una mañana acababa de varar la traña de Ramón en la playa. Sus hombres tendían las redes sobre la arena, y las mozas, como de costumbre, rodeaban al patrón para comprar la pesca. Miró el mozo en torno suyo y pronto echó de menos á su predilecta. Apartó primero la cantidad de pescado que Sabela acostumbraba á llevarse, y vendió lo demás.

Ya las redes estaban tendidas, habíanse marchado los hombres de á bordo y las mozas de la pesca. Ramón, que aguardaba recostado en la borda de su velera, vio llegar á la Sabela muy de prisa y con la caruca triste.

—Güen día, Ramón. ¡Ya non tendrás pescado pra mí!

—¡Pra ti antes que pra naide! ¿Cómo tardaste tanto, Sabeluca?

—Quedéme un poquiño más en cama, que non estoy güena.

—Habiéraslo dicho y mi madre te llevara la pesca, que non es güeno hacer descuido del mal.

—Gracias, Ramón. Non es nada lo que me tengo.

Así hablaron, y ni Ramón sacaba el pescado, ni Sabela lo pedía.

Ramón quería decir algo, y Sabela quería oirlo; pero los labios se negaban á hablar y los oídos se impacientaban en vano por oír.

—¿Qué me miras, Ramón?

—¡Qué maja eres, Sabela!

—Non digas cosa que non es, ¡mentiroso!

—Óyeme, Sabela. ¿Serías capaz de vender tú sola toda la pesca que yo traigo?

—Todo lo vendiera, que lo que non me

compraran aquí, á los pueblos vecinos lo llevara.

—¿Quieres que non venda pescado á naide más que á ti?

—Enfadaránse conmigo las compañeras.

—¡Cómanse de envidia, si Dios me salve; que pra mi mujer te quiero si tú lo quieres!

—¡Ramón!...

—¿Quiéresme, Sabela?... Dílo.

—¡Ramón!

—¡Dímelo, rapaza! ¡Mal demonio me coma si non te digo querer de corazón!

—Si va... de formal... yo...

—De formal va, y á mi madre vamos á ver ahora mesmo.

Y con lágrimas en los ojos, de tanta alegría como llevaba en el corazón, fué Sabela con su novio á contárselo á la vieja, que la recibiría

con palmas, porque la quería bien.

Casáronse los mozos y tuvieron pan y cariño en la casuca de la vieja, donde vivían, y fueron matrimonio modelo en la comarca.

Todo iba bien; todo, menos la pesca.

Habían venido unos vapores grandes con aparatos nuevos para

pescar y habían esquilado el mar de tal modo, que las pobres trañas llegaban siempre á tierra medio vacías.

Ramón y Sabela habían tenido una niña, que era la alegría y el cariño de todos, pero que vino á aumentar, con las necesidades de la madre y con las suyas propias, los gastos de aquella pobre gente, contenta antes con su mísero pasar.

El mar ya no daba para todos, como antaño. Hízose necesario guardar veda y guardarla con rigor; pero los estómagos vacíos y las carnes desnudas no podían esperar el alimento y la ropa para cuando la pesca se multiplicara. Así, Ramón, siempre dispuesto á trabajar para el sustento de los suyos, había determinado cambiar temporalmente de trabajo y buscó acomodo, tierra adentro, en las obras de una carretera. El jornal no era malo y, no sólo le permitía llevar á su casa lo necesario,





sino que iba guardando unos cuartitos para calafatear su traíña y repasar las redes antes de hacerse á la mar en la próxima temporada de pesca.

Todo llega en el mundo, y llegó también el día que Ramón ansiaba.

Despidióse del contratista de la carretera, de sus compañeros de trabajo y, con su pala al hombro y el hatillo á la espalda, emprendió el camino á la costa, cantando aires cadenciosos del país, contento como el gorrión al empezar la grana del trigo.

¡Qué largo era el camino! Ramón hubiera querido volar, para abrazar más pronto á su madre, á su Sabela y á aquel rollizo de manteca con caruca de ángel, que ya sabía decir *papa*.

Cantando y andando acortó la distancia, y vió la línea azul del mar, y la playa después y, por último, la casuca donde tantas cosas buenas le esperaban.

No se engañó Ramón en sus esperanzas. La explosión del cariño de los suyos fué tan violenta y tan dulce como había soñado.

Al día siguiente se salía á pescar. Sabela no se había dormido y las redes estaban como nuevas, y la traíña vieja recién pintada, y todo listo como preparado por mano de santo.

En la playa todo era alegría. Los pescadores, ante la perspectiva de una nueva etapa de abundancia, iban y venían, repasando sus lanchas y disponiendo las redes, sin dejar por eso de vaciar algún que otro jarro de sidra de tiempo en tiempo.

Sólo el mar, presintiendo lo que contra él se preparaba, parecía protestar contra la violación de aquel descanso en que le habían dejado durante unos meses, y sus olas se revolvían furiosas y se rompían en la playa con sordo fragor.

El cielo estaba cubierto de nubes espesas.

Un viento fuerte del Norte azotaba las aguas; pero el ansia de los pescadores por emprender de nuevo su trabajo, les hacía atenuar el peligro en su ánimo y llamar brisa al huracán.

Llegó el momento de la partida. Las mujeres se oponían á la salida de los pescadores; pero ellos se reían de su temor.

Como obedeciendo á una consigna, todas las traíñas se hicieron á la mar casi simultáneamente.

Sabela y la vieja, después de suplicar á Ramón inútilmente que no saliese hasta el otro día, fueron á despedirle á la playa y, con lágrimas en los ojos y zozobra en el corazón,

le vieron partir, sentado en la popa de su traíña, manejando con brazo vigoroso y seguro la caña del timón, en tanto que sus hombres, de pie en el centro de la lancha, sujetaban la escota y preparaban los aparejos.

La traíña, con su vela hinchada, saltando ágil sobre las aguas, se alejaba mar adentro, y entre el ronco mugir de las olas al romperse, llegaba aún á la playa la voz clara de Ramón que cantaba un aire asturiano.

—¡Cómo es valiente!—dijo Sabela, orgullosa en medio de su temor.

—También lo fué su padre y en la mar quedóse.

—¡Non diga tal cosa, madre, que daré mala teta á la rapaza!

Y las dos mujeres, silenciosas y tristes, volvieron á la casuca á esperar rezando la hora de la vuelta. Había que resignarse. Ramón lo había dispuesto así; además, en aquella casa no había más pan para el siguiente día que el que el pescador trajese á su regreso.

Pasaron horas. La mar estaba cada vez más gruesa y el viento azotaba con más fuerza.

Las traíñas habían hecho con gran trabajo una mediana pesca; pero habían tenido que levantar las redes antes de tiempo y dedicarse exclusivamente á defenderse de las olas y luchar con el vendaval.

Ramón, huyendo del peligro, cada vez más inminente, puso proa á tierra, tratando de correr el temporal de empopada. La traíña volaba sobre el agua, y las poleas del trinquete gemían con chirrido lastimero al soportar los tirones de la vela, suelta á todo trapo y teza por los embates del viento. Nadie hablaba. Dos hombres, con rudo esfuerzo, apenas se bastaban para sostener la escota.

Ramón, viendo la tierra demasiado cerca para tanta velocidad, dió una orden.

—¡Juanín, sube al trinquete y cobra un rizo, que nos vamos á estrellar!

—¡Non puedo, patrón! Es muy fuerte el viento—dijo el aludido, después de intentar cumplir la orden.

—¡Aparta, cobarde! ¡Yo lo cobro!

Y Ramón, ágil como un mono, resistiendo con trabajo las ráfagas de viento que le empujaban, trepó á lo alto del trinquete.

Ya se disponía á recoger trapo, cuando un golpe de viento hizo mover la vela, y el patrón, perdiendo el apoyo de los pies, quedó colgando de las manos.

—¡Aferra la vela, que perdí el guardamanco!—grita con angustioso acento.

Pero otra ráfaga de viento le arranca im-



petuosamente y le arroja á unos metros de la traña, en el remolino de una ola al reventar.

Un grito de angustia escapó de los labios de los tripulantes; pero todo era inútil. En vano intentan una virada. El huracán, cada vez más furioso, los empujaba á tierra, apartándolos por momentos del pobre Ramón.

Llegó á tierra la traña, y no sin trabajo consiguieron los pescadores vararla en la playa.

Allí estaban las dos mujeres esperando ansiosas al patrón que no volvía. No tuvieron que preguntar por su suerte. Su falta y las caras de los compañeros lo revelaban todo, y el grito salvaje del hambre, el llanto terriblemente angustioso de madre y de esposa mezclábase á los gemidos de una criaturita que lloraba porque veía llorar, y al murmullo de los consuelos que intentaban prodigar aquellos rudos infelices pescadores.

Á la mañana siguiente, en el mercado de Oviedo, dos mujeres entutadas, una de ellas con una criaturita en brazos, y ambas con los ojos enrojecidos por el llanto, sentadas junto á dos grandes cestos de pescado, esperaban el paso de las gentes que compran para cambiar aquella mercancía, causa de su dolor inmenso, por el sustento indispensable.

Acercóse una mujer, pidió precio y díselo la vieja.

—Es muy caro.

—¡Non es caro, señora! ¡Costóme más á mí, que perdí al fillu de mi alma!

La criaturita, en brazos de su madre, dejó de chupar el pecho flácido y colgante, y trajo su hambre en gemidos desesperados.

—¡Non plores tú, rapaza miña! ¡Non plores!

Y la madre se enjugaba los ojos con el pico del negro delantal.

Aquel día se vendió el pescado á doble precio que de costumbre, y...

¡Non era caro!

GUILLERMO J. ATHY

(Prohibida la reproducción.)



## CURIOSIDADES

# PIELES CARAS

Que una piel de 38 centímetros cuesta 125 pesetas, parece su precio algo exagerado si se tiene en cuenta que el precio de coste en fresco varía de 5 á 15; pero no es nada comparado

con lo que cuesta criarse el animalejo que la posee.

No habrá nadie seguramente capaz de mantener una *garduña*, para lucrarse después con su piel; según cálculos muy aproximados, esta alimaña necesita para alimentarse la friolera de 4.380 pesetas cada año, y calculando que tenga tres años cuando se la desuelle, habrá costado 13.140 pesetas en números redondos.

Las elegantes que llevan al cuello esas pielecitas con sus patitas, cabeza y cola, al regatear en las peleterías las 120 ó 130 pesetas que las cuesta, están muy lejos de comprender que su valor es inmensamente mayor, por lo caro de la cría del animal; claro es que los que han tenido la desgracia de criarla, dueños de montes, de palomares, etc., no se lucran en poco ni en nada con el producto de la piel, pero ellos han sido, mal que les pese, los paganos.

El animalejo de que tratamos, *mustela foine*, por su fiereza puede con razón figurar á la cabeza de animales fieros. El *tigre*, la *hiena*, el mismo *lobo* son bestias, sin que sea hipóbole, inofensivas comparados con la *garduña*; su fiereza es inconcebible, tanto que no hay modo de poderla explicar; y hay que pensar en que si el animal mata sin tregua ni descanso, quizá sea debido á especiales refinamientos, no comprendidos por los demás, pues gusta sólo de las entrañas de sus víctimas, y éstas han de estar palpitantes, ó en previsión de próximas vigiliass; sólo entrañas, sangre y la masa encefálica son su alimento; desprecia el resto, y muy hambrienta ha de andar para volver á buscarlo.

Por otra parte, á un lado el tiempo que dedica al reposo y á ocultarse, el resto destínalo á la caza; introdúcese, válida de su tamaño, en los *caños* de los vivares, y allí, uno á uno, hace tantas víctimas como conejos haya, de los que liba, con fruición que espanta, de su caliente sangre, y apenas termina, no se duerme aletargada como algunos congéneres suyos, anda... anda... rastrea con su olfato exquisito hasta dar con otra madriguera, en la que hace igual carnicería, y sólo cuando amanece suspende la matanza y si la sorprende lejos de su guarida busca albergue en las mismas bocas que ha cazado ya, y allí, entre un montón de víctimas frescas, duerme hasta el crepúsculo para continuar durante la noche su misión exterminadora.

.....  
Era un frío día del pasado Enero, y encontrándome cazando en un monte de Castilla



con unos amigos, nos comunicó el guarda que durante la noche anterior había penetrado una garduña en el palomar, sacrificando diez palomas, todas ellas en igual forma: por el cuello.

Gracias que había nieve distinguíanse sus huellas perfectamente, y en su consecuencia nos decidimos á seguir las para dar caza á la alimaña donde se encontrara.

Emprendimos la marcha decididos á no descansar hasta lograr nuestro deseo, y al llegar á un vivar, distante un kilómetro del palomar, vimos que también había hecho en él de las suyas, y por este orden cazó hasta siete bocas, no teniendo límite nuestra sorpresa al recoger hasta 14 conejos muertos, y de no haber tropezado con un cepo que para las zorras había colocado el guarda el día antes, en el que cayó prisionera, no sabemos hasta dónde hubiera llegado la degollina.

Si á este número de víctimas se agregan las 10 palomas, resulta que en una sola noche había sacrificado la enorme cantidad de 24 piezas de caza.

Ahora bien, tratándose de un monte de abundante caza y calculando un promedio de 12 piezas diarias sacrificadas, que pueden ser muchas más, hace al año 4.380, que valorándolas á peseta, son otras tantas pesetas, y si la alimaña cuenta sólo tres años, tendremos que el dueño del monte habrá sacrificado para mantener á la *garduña* la cantidad de 13.140 pesetas, valor de la caza muerta.

Si en el Monte del Pardo, á pesar de su extensión, se echaran 20 alimañas de esta especie, tendrían que *emigrar* después de algún tiempo, por falta de alimento.

Si la pequeña fierecilla, con cuya abrigada piel ocultan las damas su alabastrina garganta, volviere á la vida por breves instantes, seguro que de ellos brotaría pronto su sangre, ¡es tan fiera que nada respeta, ni aún la hermosura...!

Los caracteres por los que se distinguen las pieles buenas, hay algunas señoras que los conocen bien, son: su color pardo oscuro, más oscuro en el lomo, la garganta es blanca y las dimensiones, incluida la cola, suelen ser de 65 centímetros.

Consta de tres series de pelo, la exterior es más larga; las otras de aspecto sedoso y de distintas dimensiones, es de las pieles más pobladas y más resistentes.

Á pesar de todo, hay que cerciorarse bien, porque en el comercio la inmensa mayoría de las pieles que se hacen pasar por *garduña* son imitadas, pues verdaderas hay pocas;

afortunadamente para los aficionados á la cinegética, es animal que disminuye de día en día, á lo cual contribuyen principalmente las talas de los montes.

B. BALBUENA BARRIENTOS



## Una notable conferencia

El conocido aficionado D. Rafael Troyano dió una notable conferencia sobre la pesca de la trucha, y que por su extensión iremos publicando en números sucesivos.

He aquí lo que dijo el instruido conferenciante:

«Como á juicio mío estas conferencias deben tener un carácter familiar é íntimo, algo así como una conversación mantenida entre individuos que tienen las mismas aficiones y se comunican mutuamente las observaciones que sobre la pesca han podido hacer y las ideas que la práctica les ha sugerido, creo conveniente suprimir todo preámbulo y marchar desde luego á nuestro objeto; y únicamente, antes de entrar en materia, quiero advertir que lo que os voy á decir, ó mejor, lo que voy á leer, puesto que accediendo á las indicaciones del Sr. Presidente, traigo escrita la sesión con el fin que él mismo os expondrá, lo que os voy á leer, repito, debe considerarse como un apéndice ó complemento de la conferencia dada por el Sr. Cabezas. Este señor nos dijo cómo podíamos ir al Lozoya, cuánto nos costaría la excursión y dónde podríamos alojarnos.

Yo voy á hablar del río, de sus truchas y del modo cómo las he pescado, rogándoos muy encarecidamente que tengáis en cuenta que no trato de dar una lección sobre la pesca de la trucha, si no deciros cómo las he pescado en el río Lozoya y durante los meses de Julio, Agosto y Septiembre. No respondo de que en otras épocas del año dé resultado mi sistema, ni de qué procedimientos que en dicha época á mí me han sido inútiles, no sirvan en otras distintas; y dicho esto vamos á ocuparnos del río.

Nace, como nos dijo el Sr. Cabezas, en la Laguna de Peñalara, sitio de una majestuosa belleza que subyuga é impone, pero no tiene truchas, ni la pueblan otros seres que las *brujas de las aguas*, seres fantásticos que devoran cuanto cae en sus dominios, expulsando luego



á la superficie los redañes de sus víctimas, como trofeos de ferocidad. Esto, al menos, os contará cualquier pastor de aquellos contornos con una candidez encantadora.

Como no creo que ninguno de ustedes piense ensayar si las tales brujas entran ó no á la caña, nos saldremos del embudo que forma el terreno en tornos de la laguna por la misma depresión que sale el Lozoya y bajaremos siguiendo su curso por un adusto y profundo barranco, de altísimas laderas cubiertas de seculares pinos y cerradas breñas de roble. El Lozoya es por aquí un impetuoso torrente que se despeña entre enormes rocas de gneis, formando infinitas cascadas y pozos de gran profundidad, donde las aguas al remansarse pierden sus espumas quedando de una transparencia absoluta; recorre así unos doce kilómetros, y próximo ya á El Paular, su curso se regulariza y las aguas transcurren en interminable rasera de lecho de cascajo, sin que merezca mencionarse más que el Pozo de los Calizos, frente al pueblo de Rascafría, y de una profundidad de cuatro metros. Cruza el río en esta forma los pueblos de Celleruelo, Alameda y Pinilla, y ya próximo á Lozoya, y á diez kilómetros de El Paular y veintidós de su nacimiento, vuelve á meterse en una garganta rocosa y de nuevo se producen las cascadas y los pozos, sólo que por aquí son más extensos y más frecuentes. Á siete kilómetros de Lozoya, y frente al pueblo de Gargantilla, comienza á sentirse el embalse enorme de Mangirón, que alcanza una longitud aproximada de once kilómetros, y que termina en la presa del Villar, de cuarenta metros desde su base á la coronación, y unos ochenta de anchura. Desde aquí la mayor parte del caudal del río sale para Madrid y los sobrantes van á verter al Jarama cerca de Torrelaguna.

Tiene el río Lozoya, indudablemente, condiciones excepcionales para la cría de las truchas y sólo así se comprende que, ya que no con una abundancia extraordinaria, haya las suficientes para divertir á un aficionado. ¿Qué será este río el día que los pueblos ribereños, aumentando su cultura y entendiendo sus intereses, no persigan, como hoy lo hacen, á las truchas, no como un objeto de lucro ó de diversión, sino como animal dañino que es preciso exterminar á toda costa y por cuantos procedimientos de destrucción se conocen. Tan pronto llega el verano, bajan las aguas y se templan un poco, y las colonias de La Granja, Miraflores y Cercedilla se pueblan, comienzan los segovianos, que desde cinco leguas

vienen por las truchas, á emplear el cloruro de cal en el Torrente. Del pueblo de Rascafría salen los dos célebres pescadores, conocidos en todo el valle por los apodos del «Cobe» y el «Tizo», que sin más prendas que unas bragas, que á la vez les sirven de chisteras, pasan el día entero registrando las raseras, rincón por rincón y piedra por piedra.

¡Ay de la trucha que tocan sus manos ó ven sus ojos! Si por rara excepción escapa de sus garras, va á morir en la remangueta de red que ponen en la huida del animal, y si aún de ésta logra librarse y se esconde en algún boquijo donde no alcanza la mano del pescador, pronto la bolita de cicuta la hará salir en la agonía á buscar aguas no intoxicadas.

Los pozos son hondos, tienen grietas y solapas de profundidad á veces desconocida; aquí no sirve la mano, ni la remangueta, ni la cicuta. Estos pozos son el feudo de los mozos de Rascafría; llega el domingo, hay que holgar y buscar unas pesetas para vino; se maldruza, se coge un haz de gordo-lobo y á la entrada del pozo elegido se machaca, se machaca, y al formar espuma en el agua la corriente se encarga de sacar las truchas en un estado de atontamiento precursor de la muerte, á sitios donde, sin necesidad de mojarse los zapatos, se van recogiendo.

Aún son más expeditivos en Lozoya: aquí los pozos son grandes, se necesitaría mucho gordo-lobo y es pesado machacarlo, se tira el cartucho de dinamita y... lo que es para la fritada sale siempre, como decía un alcalde que en aquel pueblo había hace algunos años, gran maestro en esta pesca, que hasta por *entretenerse* la practicaba.

Queda el embalse de Manjirón. ¿Cómo las pescarán aquí? Á 40 metros de profundidad la dinamita es inútil; lo que mate no flota, en venenos no hay que pensar. Pero... la presa se limpia una vez al año dejándola en seco, y á la salida de las aguas unas banastas puestas oportunamente recogen cuanto en ellas hubiera. Cuanto os he dicho es rigurosamente exacto, yo lo he presenciado. No exagero nada.

En la parte del torrente donde más abunda la trucha, son éstas muy oscuras de color, y en las pintas que adornan su piel predomina el negro sobre el rojo. Es raro cobrar piezas de buen tamaño; las más corrientes fluctúan entre el cuarterón y la media libra; no son tan poco extrañas las que llegan á la libra, pero sí raras las que pasan de este peso; sin embargo, yo he cobrado una de cuatro libras y he visto otra cogida por un pescador de oficio, que llegaba á cinco.



En los pozos de Lozoya es menos abundante, pero generalmente más corpulenta, su color es más dorado y tiene mayor número de pintas rojas. La gente del país denomina á las primeras, truchas del Pinar, y á las segundas, truchas del Valle.

En este último punto la trucha se da mezclada con el barbo, el cacho y la boga.

La trucha que se cría en el río Lozoya es la común ó salmonada; no obstante, se encuentran, aunque por rareza, algunos ejemplares de trucha arco-iris y aun de los lagos de Escocia, que provienen de los estanques de El Paular (de los que no os hablo por tratarse de una finca particular), á cuya propiedad le facilita alevines el establecimiento piscícola de La Granja, perteneciente á la Casa real.

El deshoque de la trucha en el Lozoya es muy temprano, hasta el punto de que en los últimos días de Julio se ven ya alevines, particularmente en los arroyos afluentes y con especialidad en El Aguilón, el Garci-Sancho y el de Santa María.

Veamos ahora el modo de pescarlas.

No todas las horas son buenas, al menos en verano; en el centro del día es inútil intentarlo. Si cuando el sol baña los pozos os acercáis á uno cualquiera, habréis de verlas en el sitio en que las aguas estén más remansadas; quietas absolutamente inmóviles, parecen disecadas, echadle cebos, habrán de rozar su hocico y no harán el más ligero movimiento para tomarlo; al más leve ruido, á la menor sombra que proyectéis en el agua, huirán con rapidez tal, que la mayor parte de las veces no sabréis donde se han escondido; si todo vuelve á quedar en quietud, al poco rato las iréis viendo salir de debajo de las piedras, de las grietas de las rocas ó de donde buscaron su defensa, y situarse en el mismo punto donde se hallaban anteriormente.

Todos sabéis que el barbo durante el invierno tiene menos vitalidad, menos fuerza que en primavera y verano; á la trucha le ocurre todo lo contrario: animal que necesita aguas muy frías, cuando éstas adquieren un temple algo mayor que el habitual, caen en ese estado de letargo en el que, por lo observado, sólo les queda el instinto de conservación.

De esto se deduce claramente que las horas mejores para su pesca son, en primer lugar, la madrugada y después la caída de la tarde, observándose que si á principios de Julio toman el cebo, por ejemplo hasta las diez de la mañana y desde las cuatro de la tarde, conforme el verano va entrando, perdiendo caudal

el río y calentándose más las aguas por la menor rapidez de la corriente, las truchas van dejando de picar más temprano por la mañana y comenzando más tarde á la caída del día.

Esto, sin embargo, tiene sus excepciones bien determinadas; generalmente en los días nublados comen durante muchas más horas, y aquéllos en que el cielo se cubre de nubes densas y cárdenas que vienen cogidos á las laderas de la sierra, puede esperarse una excelente pesquería.

Más de una vez he visto venir la tormenta, he oído el trueno, he calculado lo que me esperaba, pero..... picaban tan bien que he preferido el remoión.

Tampoco en todos los pozos puede pescarse. No os canséis en intentar la captura de la trucha con caña en aquellos sitios donde la corriente es suave y regular; si os acercáis con sigilo, habréis de verlas en el fondo, con el hocico á la corriente, debatiéndose contra la fuerza del agua en un sitio fijo; de vez en cuando se separa una, se eleva rápidamente, á lo sumo á la mitad de la profundidad total, toma el cebo libre que el agua arrastra y vuelve á su sitio para continuar en acecho. Las vemos, allí están..... comen, su pesca es segura, emocionados armamos la caña, la mano nos tiembla al cebar, con sumo cuidado lanzamos al agua el aparejo, la corriente lo lleva á donde están las truchas..... ya una ha visto el cebo y velozmente se lanza hacia él. Ya es nuestra, pensamos. De pronto se detiene junto al anzuelo, y sin tomarlo, con un profundo desprecio se vuelve pausadamente al sitio que abandonó, haciéndonos, de seguro, con alguna de sus aletas, una seña, que de comprenderla nosotros aumentaría nuestra indignación. Tiramos de la caña algo descorazonados, miramos el cebo, está bien puesto, sin embargo lo retocamos algo y nuevamente lo dejamos caer, la escena se repite una, dos, diez veces: entonces nos convencemos de que la trucha que se ve no se pesca.

Así, pues, aconsejo los pozos arremolinados y turbulentos, en los que las aguas entran en cascada, ó rompiendo con fuerza contra las rocas; allí difícilmente veréis la trucha, pero allí es donde se pesca.

Por si alguno de vosotros se anima á ir á El Paular, os recomiendo los pozos llamados de Los Hoyones, La Angostura, el del Baile, el Pozo Oscuro, el del Rayo y el de la Virgen de la Peña. Hay alguno más, pero tiene poco valor para nosotros.

En Lozoya son más abundantes, desconozco



los nombres, pero esto no es importante, porque casi todos se asemejan.

Como la mayoría de los pozos son de poca extensión, 10 á 15 metros de longitud á lo sumo, por 3 ó 4 de anchura, y generalmente están situados entre rocas, una caña larga resultará embarazosa más bien, así es que yo las uso de tres metros, pero de puntal muy flexible, carrete sin eric, á fin de oponer la menor resistencia posible en un principio, porque en la trucha, la primera huida, al sentirse herida por el anzuelo, es de una violencia extraordinaria, y como forzosamente hay que usar lo mismo el aparejo que el codal, lo más fino que pueda hallarse, por la transparencia de las aguas, á la menor resistencia que se le ponga en el primer tirón, romperá.

El sedal no tiene importancia, puesto que no debe mojarse, y cualquiera es bueno con tal de que tenga resistencia.

La veleta debe ser de corcho y lo suficientemente grande para que pueda resistir con holgura el peso de una posta de 7 milímetros, que equivale á 5 ó 6 gramos y el terminal del aparejo, como os decía antes, lo más fino posible y de una longitud de 35 á 40 centímetros á fin de que el agua pueda moverlo libremente y hacerlo girar en sus torbellinos.

La longitud total que debe tener el aparejo, es claro que depende de la profundidad del pozo, pero seguramente es suficiente para la casi totalidad de los pozos nno de 3 metros, que además es el largo de la caña.

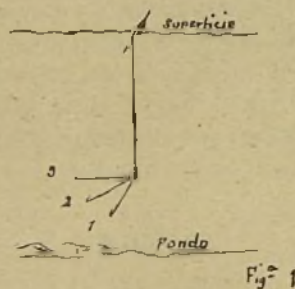
El anzuelo debe, á mi juicio, ser fino, bastante grande y, sobre todo, ancho; la trucha, como habréis podido observar, es un pez de boca enorme para su tamaño, hasta el punto de que en una que tenga un cuarterón de peso se pueden meter los dedos índice y pulgar. Con el anzuelo grande, además de tener la probabilidad de que encarne más, es más fácil desanzuelarla. Los anzuelos que uso son los llamados del Pirineo del número 4 ó 5.

No sólo considero innecesaria la sacadora, sino que la creo perjudicial, porque teniendo en cuenta que las aguas son extraordinariamente cristalinas y los pozos pequeños, al meter un artefacto como éste seguramente todas las truchas del pozo en que pesqueis se escondrán y no saldrán de sus escondrijos hasta que haya pasado un buen rato de tranquilidad.

Hay que tener muy en cuenta la profundidad á que el cebo debe ir. Yo lo he calculado siempre, á dos terceras partes de la superficie.

Para graduarlo no es suficiente la profundidad á que el plomo vaya; así tendremos, por ejemplo, en un pozo de tal profundidad con

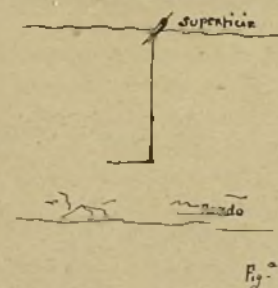
cebo de lombriz, el aparejo tendrá esta forma si la corriente es corta, y conforme aumente la corriente irá tomando esta otra (fig. 1).



Por tanto, á mayor corriente el plomo más hondo.

Lo contrario ocurre con la gusarapa volada, porque ésta trata de salir á flote y consigo eleva el anzuelo.

Por tanto, el aparejo á poca corriente estará en esta forma (fig. 2), y conforme sea más



fuerte, irá tomando esta otra. De esto se deduce que con cebo de gusarapa, á mayor corriente el plomo deberá ir menos hondo.

El primer año que estuve en el Lozoya, fui bien provisto de moscas artificiales, que ensayé de cuantos modos me habían dicho y de cuantos á mí se me alcanzaron, después de fijarme bien en el color de las palomillas que volaban cerca de la superficie de las aguas y elegido las que se asemejaban. No conseguí coger ni una sola trucha: esto me obligó á observarlas y me convencí de que en el Lozoya, al menos en verano, la trucha no sube á cebarse á la superficie.

(Continuará.)



## Para evitar infracciones

Una comisión de la Junta directiva de la Asociación General de Cazadores y Pescadores de España, visitará al Sr. Ministro de la



Gobernación pare hacerle entrega de una solicitud suya y de otras varias recibidas de Sociedades análogas de provincias, reclamando que por el expresado centro se excite el celo de las autoridades todas, y especialmente en estos días de las de los puertos y costas por donde hacen su entrada las codornices, para que eviten con el mayor rigor que se cacen estas preciadas aves en tiempo de veda y con artificios siempre prohibidos.



## Consultorio jurídico de "Caza y Pesca,"

### Consulta.

Un cazador entra á cazar con escopeta y *perro pachón* en un vedado de caza; dicho cazador es denunciado. Celebrado el juicio, ¿puede el juez mandar matar el *perro pachón*?—J. M. M.

### Resolución.

Aunque la ley de Caza y el Reglamento para su ejecución no expresan de una manera clara y terminante que deba darse muerte al perro, los jueces municipales entienden, á nuestro juicio equivocadamente, que, con arreglo al art. 47 de la referida ley, en su última parte, que dice, *pero los otros objetos con que se pretenda cazar nunca serán devueltos y se inutilizarán en el acto*, comprende al perro de caza, con el que se pretende cazar ó levantar la caza.

### Consulta.

Un cazador va conduciendo un reclamo de perdiz, cuyo cazador lleva la escopeta con su correspondiente licencia, pero carece de la especial para el reclamo. ¿Puede la Guardia civil ó un guarda jurado dar muerte al reclamo?—J. M. M.

### Resolución.

Deben dar muerte al reclamo que carece de dicha licencia especial, con arreglo al artículo 19 de la ley de Caza y á los artículos 37 y 38 del Reglamento para su ejecución.

### Consulta.

¿Se puede cazar en un terreno abierto y labrantío después de levantadas las cosechas,

estando amojonado y no vedado, existiendo fincas dentro de él de diversos dueños?—A. M.

### Resolución.

La anterior consulta la contestan el párrafo segundo del art. 9.º de la ley de Caza y los arts. 7.º y 8.º del Reglamento para su ejecución.

Las condiciones que tiene que reunir un terreno acotado ó amojonado son: *Estar bajo la linde ó propiedad de su dueño; tener colocados visiblemente hitos, cotos ó mojones y estar dedicado á cualquiera explotación agrícola ó industrial, siendo secundaria la de la caza.*

Si falta alguno de ellos, el terreno es libre.

### Consulta.

¿Pueden circular por la vía pública en tiempo de veda reclamos de perdiz?—J. N.

### Resolución.

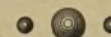
Pueden circular con licencia especial de 25 pesetas por cada reclamo, según el artículo 19 de la vigente ley de Caza y los artículos 34, 35, 36, 37, 38 y 39 del Reglamento, para su ejecución y jurisprudencia del Tribunal Supremo entre la que se encuentra la sentencia de 23 de Diciembre de 1905.



## NOTICIAS

*Legislación de caza, pesca y uso de armas.* Obra editada por el capitán de la Guardia civil D. Agustín Alvarez Navarro. La más completa y útil de cuantas sobre estos asuntos se han publicado. Precio 1,50 pesetas.

De venta en la Administración de esta Revista.



## CAZADEROS

Los señores propietarios y arrendatarios de montes que quieran arrendar pronto sus terrenos de caza ó expender con rapidez las acciones de vedados, deben anunciar en esta sección.

El precio por línea ó inserción es de 75 céntimos.